

Hacia una interpretación del discurso independentista

Summary: *This paper, inserted in the perspective of a Latin American history of ideas, attempts to interpret the articulation between the different social groups that brought about independence, as the effect of the construction of a peculiar ideological device. Through this device, a class fraction -the emergent Creole bourgeoisie- would succeed in summoning the popular sectors to pursue a project presented as the expression of the general concerns of the American people.*

Resumen: *En este trabajo, inscrito en la perspectiva de una historia de las ideas latinoamericanas, se intenta interpretar la articulación entre los distintos grupos sociales que produjeron la independencia, como efecto de la construcción de un dispositivo ideológico peculiar, por el cual una fracción de clase -la burguesía criolla emergente- lograría interpelar a los sectores populares en pos de un proyecto presentado como expresión de los intereses generales de los americanos.*

A continuación discutiremos brevemente las consecuencias teóricas y los efectos políticos que se siguen de la interpretación de la independencia americana como el resultado de una coyuntura internacional favorable, que habría constituido la condición de posibilidad para la ruptura del lazo colonial. En este marco, la emergencia del discurso independentista en las sociedades americanas de fines del siglo XVIII y principios del XIX sólo resulta explicable a partir de la tesis de la importación de ideas europeas, sin arraigo alguno en las contradicciones

sociales de la América colonial y ajenas en relación con las ideologías vigentes, fueran éstas comuneras o ilustradas.

Frente a esta interpretación esbozamos otra, según la cual la independencia fue posible en virtud de la construcción de una hegemonía precaria, por parte de una fracción de clase -la burguesía criolla emergente- que lograría interpelar a los sectores populares en pos de un proyecto presentado como expresión de los intereses generales de los americanos.

Para abordar la problemática de la eficacia de la ideología ilustrada -portada por las élites criollas- respecto de la coyuntura política, intentaremos resolver una serie de interrogantes. ¿Cuál es, precisamente, la relación entre ilustración e independencia? ¿Se produce la independencia como efecto de la aplicación de un modelo extranjero en sociedades con estructura tradicional y signadas por una situación de dependencia colonial? ¿Cuál es, entonces, la relación entre el pensamiento de la minoría ilustrada que condujera las guerras de emancipación y la ideología de los sectores a quienes la situación colonial afectaba de distinto modo? En definitiva, ¿se explica la independencia como efecto de una coyuntura internacional, y encuentra su justificación ideológica en la ilustración, o se vincula con la acumulación de contradicciones internas a las sociedades coloniales mismas? En este caso, ¿cuál es la relación entre comuneros e ilustrados, entre movimientos precusores e independencia?

Creemos necesario, en primer lugar, establecer una distinción entre ilustración y pensamiento independentista. La identificación sin más de ambos términos puede conducir a serios equívocos, tales como los de atribuir valor de

"antecedente" de los movimientos emancipadores a las propuestas reformistas de algunos funcionarios coloniales. Este sería el caso del Fiscal Villaba, quien cuestionó severamente la mita, en el marco del interés de la corona por extender las relaciones salariales y reducir las formas de vinculación personal. Esta crítica calaba en la estructura de clases de la sociedad americana, ámbito en el cual no incursionaron con la misma radicalidad los criollos interesados en la ruptura del vínculo colonial.

Ilustración americana y pensamiento independentista no funcionan como patrones ideológicos equivalentes. Sin embargo, la postulación de una ruptura entre ambos ofrece también sus dificultades. Según la tesis sostenida por José Carlos Chiaramonte, el pensamiento ilustrado latinoamericano no nace independentista, sino entroncado con el ibérico. El margen de novedad no va más allá del rechazo de ciertas pautas culturales y de ciertos rasgos políticos propios del pensamiento español. La innovación radical sólo se daría cuando la ruptura con la metrópoli fuera inminente y en las guerras de independencia. De este modo Chiaramonte propone la tesis de la existencia de un "salto" entre un pensamiento adherido a las formas tradicionales hispánicas y el pensamiento de la independencia, que se explicaría como efecto de las presiones ejercidas por la coyuntura internacional.

Sin desconocer la importancia de esta última -independencia norteamericana, revolución francesa y crisis de la monarquía ibérica-, creemos que su incidencia no debe explicarse a partir de su interpretación como factores externos que irrumpieron "desde fuera" en las sociedades americanas, sino a partir de los modos como estas experiencias fueron resemantizadas por parte de una clase social emergente que intentaba construir su hegemonía dentro del espacio posible delimitado por sus intereses económicos, la situación de dependencia política, económica y cultural, y la misma coyuntura internacional.

El pensamiento independentista se acuñaría en el seno de una matriz ideológica más amplia, la de la ilustración, e implicaría, según los grupos y las coyunturas, la selección de elementos parcialmente diferenciados. Según esta hipótesis, lo que la ilustración americana puede presentar de ecléctica no es sino el resultado de desplazamientos, producidos en el seno de una matriz, a partir de límites impuestos por distintas situaciones. Por

ejemplo, la adhesión a criterios mercantilistas junto a la doctrina fisiocrata y la adopción de un librecambismo que retrocede hacia formas de pensamiento más incongruentes cuando el equilibrio colonial corre riesgos.

Es fragmentariamente cierto lo que Chiaramonte señala respecto del espíritu reformista de la ilustración americana, y del acuerdo parcial de intereses entre criollos y peninsulares. Pero también es verdad que existían contradicciones que rebasaban el mero reformismo. El cambio, la ruptura, se produce como efecto del lastre de siglos de resentimientos y revueltas, cuya memoria no se había extinguido. El levantamiento de Tupac Amaru y de los comuneros de Mérida y el Socorro estaban demasiado cercanos en el tiempo. El concepto de "salto" histórico y de abrupta emergencia de ideas independentistas como consecuencia de una coyuntura externa supone un esquema demasiado simplista que no explica casos como el de Miranda, donde se da un independentismo temprano.

Respecto del tema del "salto", habría que señalar que no se trata de sostener en este escrito posiciones contrarias a la posibilidad de rupturas en la historia, sino de intentar pensarlas como producidas en el interior mismo de cada sociedad. Lo cuestionable radicaría en que Chiaramonte llama "ruptura" en el ámbito americano, a lo que sería mero efecto de causas internacionales, concretamente de la caída de la monarquía borbónica. Preferimos interpretar a la ilustración americana como expresión de la acumulación de contradicciones en la larga duración, que emergen como ruptura efectiva en el pensamiento político de la independencia.

El vacío histórico, tal como surge de la lectura de Chiaramonte, presenta el problema de la interpretación de los movimientos y revueltas preindependentistas. Si bien estos eran meramente reivindicativos, tenían un origen más bien social que político y se hacían, en la mayor parte de los casos, en nombre del rey, sus efectos fueron más allá de las intenciones conscientes de sus actores e implicaron el desgaste del lazo colonial. Incluso el propio Miranda los rescataba como antecedentes y establecía una vinculación directa entre estos acontecimientos y los que él mismo protagonizara.

Precisamente el carácter prepolítico de los llamados movimientos precursores, y la extracción social de sus protagonistas, en su mayor

parte indios, negros o gentes del común, plantea una vez más la pregunta por la relación entre la independencia como movimiento político y las ideas con las cuales pudiera estar vinculada.

En la tesis de Joseph Farré la independencia se explica por la aspiración al poder político de una clase rica que usa la ilustración como un "trampolín" para la toma del poder, en detrimento de otras clases más numerosas. Al respecto Farré hace una distinción entre precursores y próceres. Mientras que para los primeros las ideas ilustradas fueron el motor de su toma de conciencia como clase, en los segundos la ilustración aparece vinculada por el autor citado a una concepción de ideología como engaño y manipulación¹.

Este uso del concepto de ideología remite a una de sus acepciones más restringidas y discutibles, la que la considera como instrumento deliberado y consciente para la defensa de intereses particulares de clase. Sin embargo, si bien es cierto que la ideología implica una percepción parcial de la realidad, no lo es que sea plenamente consciente, ni que se haga comúnmente de ella un uso intencional. En la medida en que el sujeto individual o social no es el productor de la ideología, sino que ésta constituye una trama en la que se halla sujetado, el entrelazamiento entre las ideas a las que adscribe y sus intereses materiales queda oculto para el sujeto mismo.

Otro autor que señala la existencia de un hiato entre ilustración e independencia es François López. En su artículo, la explicación de esta última se hallaría en las guerras napoleónicas. En cuanto a la ilustración, según López, tuvo en América dos vertientes: por un lado las luces a la española (Suárez y los escolásticos del siglo XVI), que más que como arma para la independencia sirvieron para reforzar la solidaridad imperial; y, por el otro, la ilustración a la francesa, que más que contribuir a producirla, sólo habría servido como justificación post-factum. Con respecto a su apreciación acerca de las luces a la española, conviene aclarar que el suarismo, lejos de ser representativo de la ilustración española del siglo XVIII, era parte del dispositivo que ésta combatía. Los ilustrados españoles en su mayoría eran regalistas y estaban, por ello, enfrentados en el plano ideológico con los sustentadores de la doctrina suareciana.

Retomando las observaciones realizadas por el propio Humboldt en su viaje por América, nos atreveríamos a afirmar que el suarismo constituía más bien una pieza fundamental en la ideología de los "conservadores": "...hombres que no desean cambios porque temen la pérdida de sus esclavos... odian cualquier constitución fundada en la igualdad de los derechos"². El papel de esta fracción de clase en la independencia sería, efectivamente, casi nulo. Más bien los protagonistas de la emancipación se hallaban entre los "liberales reformistas", portadores de lo que sí podríamos llamar, con mayor propiedad, "luces a la española", y los "liberales radicales o revolucionarios", imbuidos por las luces a la francesa.

También nos parece discutible la tesis de la importación de las teorías francesas como justificación a posteriori del hecho de la independencia, pues entraña un uso restringido del concepto de ideología, además de adscribir a la teoría según la cual todo suceso americano no es sino "eco del viejo mundo".

Las interpretaciones que se mueven en el plano puramente teórico tienden a concebir las ideologías como sistemas de significaciones coherentes y desarraigadas de la práctica social, y a evaluarlas desde el punto de vista de las intenciones de los sujetos más que de sus proyecciones históricas concretas. Una de las manifestaciones de esta clase de procedimiento es el que conduce a establecer una separación tajante entre movimientos precursores e independencia, entre la ideología tradicional de los comuneros y la moderna y revolucionaria de los ilustrados.

Como sabemos, la ruptura del lazo colonial estuvo precedida por una serie de levantamientos que agitaron todo el siglo XVIII. La dificultad para su caracterización reside en su heterogeneidad: en 1749-1752 estalló el levantamiento de los canarios de Panaquire, encabezado por el mantuanero J.F. de León en contra del monopolio comercial de la Compañía Guipuzcoana; en 1780 se produce el alzamiento de Tupac Amaru en el Perú; en el mismo año, el estanco del tabaco provoca alborotos en Santa Fe de Bogotá y en Mérida. En 1789 es descubierta una conspiración de negros en Cariaco; en 1790 se produce la insurrección de negros en Santo Domingo; en 1795 se subleva un grupo de negros y mestizos en Coro.

En 1797 es denunciada la conspiración de Gual y España en Caracas y La Guayra, basada en el ideario de la ilustración. Con la excepción de la independencia de Santo Domingo, liderada por el jacobino Toussaint L'Overture, y la conspiración de Gual y España, inspirada en la de San Blas, los demás movimientos fueron realizados por comuneros o por castas marginadas, es decir, por los sectores sociales más bajos en la escala social, que se rebelaban contra los abusos de los funcionarios coloniales en nombre de la fe, de la patria y, muchas veces, del propio rey. Esta gente del común veía comprometidos sus intereses por una política nefasta y se levantaba por reivindicaciones concretas en contra de la burocracia metropolitana, de las nuevas cargas tributarias, de la expulsión de los jesuitas y de la expoliación de los indios.

Numerosos autores han establecido un hiato entre las ideas imprecisas, pero arraigadas en la tradición de esas clases populares y de las clases altas conservadoras, por una parte, y las de los dirigentes del movimiento emancipador, por otra. Estos habrían recurrido a un conjunto de modelos ya constituídos en Europa y Estados Unidos, cuya aplicación en las sociedades americanas sería resistida por los sectores subalternos³. De este modo hasta 1780 no habría habido relación entre ilustración y movimientos precursores; en la mayoría de los casos fue la plebe la que se sublevó, sin participación de los ilustrados. La defensa de la patria americana aparecía unida, hasta esta fecha, a la de la religión⁴. Al desvincular movimientos precursores y emancipación, vuelve a aparecer el argumento que niega relación de continuidad entre la revolución independentista y los procesos económicos que se daban en las sociedades americanas. Aquella se debería únicamente a la debilidad del lazo colonial y a la crisis de la monarquía española. La recurrencia de esta dificultad en la interpretación es un síntoma de un problema teórico más profundo, el que tiende a escindir, por una parte, teoría y práctica, ideología y cotidianidad; y a desconocer, por otra, la diferencia, expresada por Kossok, entre la funcionalidad que los creadores de las ideas les atribuyeron originalmente y el uso concreto que de ellas se hace en los combates cotidianos. Es verdad que los movimientos de campesinos y de esclavos, sobre todo en el aspecto socioeconómico, estaban dirigidos por un ideario aparentemente retrógrado, volcado hacia el pasado. Estos levantamientos

intentaban restituir los derechos viejos, luchaban por una organización de la propiedad que pertenecía al pasado. Sin embargo, lo que cuenta "es poner en cuestión el régimen existente, no es importante saber si se hace con la mira hacia atrás o hacia adelante: si una vez se quiebra el sistema, se nota el cambio hacia adelante"⁵.

Podríamos entonces proponer una interpretación del proceso independentista como el efecto de la construcción de una hegemonía precaria, producto de una coyuntura en la cual convergieron intereses distintos y hasta opuestos. Esta hegemonía fue posible a partir de la resemantización recíproca de dos discursos: el de las minorías ilustradas y el de las masas populares. En efecto, los sectores dirigentes resemantizaron las revueltas y reclamos populares como "antecedente" de su propia praxis revolucionaria, a la vez que interpelaban a estos sectores a partir de ideas movilizadoras, como las de "libertad" y las de "igualdad". Ahora bien, éstas portaban sentidos suficientemente ambiguos como para producir en ellas el reconocimiento de los sectores populares, desde una perspectiva diferente y con una carga semántica también diversa. "Libertad" e "igualdad" fueron símbolos, en el sentido de palabras portadoras de significaciones segundas sobreagregadas, del conflictivo proceso a través del cual América lograría la ruptura del lazo colonial⁶. La ambigüedad del signo consiste precisamente en que esa libertad y esa igualdad tenían, para los unos, un contenido social, en tanto que, para los otros, se trataba de lograr la hegemonía política y la libertad económica. Las ambigüedades y contradicciones señaladas explican la precariedad de esta hegemonía y su rápida puesta en crisis una vez logrado el objetivo de la independencia, cuando las masas populares interpretaron que había llegado el momento de concretar la tan ansiada libertad. El quiebre de esta hegemonía se manifestó como lucha de clases en las guerras civiles. La unidad postulada en torno a la categoría de un sujeto americano libre e independiente se escindió en dos sectores: élites cultas dirigentes y masas ignorantes y retrógradas.

El viraje hacia posiciones más conservadoras y el reemplazo de la categoría de libertad por la de orden estuvo vinculado, en el caso de las élites ilustradas, a la necesidad de reorganizar, bajo una nueva forma política, viejas formas de dominación social.

Se inicia entonces la etapa que Roig denomina de "la segunda independencia"⁷. A diferencia de la primera, que tuvo carácter continental y en la cual el enemigo era externo (se trataba de la España metropolitana), la segunda independencia se produce en el espacio más acotado de las nuevas naciones y el enemigo ahora es interno, pues se trata de la España goda, feudal y escolástica que nos había quedado dentro: las clases sociales bajas⁸.

Las razones de este desplazamiento en cuanto al eje del conflicto radican en que la contradicción fundamental de la sociedad colonial no pasaba por la división entre burguesía emergente y aristocracia terrateniente, sino entre éstas, por una parte, y las clases subalternas, por otra. Es verdad que existía, en el grupo criollo, un conflicto intraclase. En un extremo, se situaban los viejos criollos, vinculados a la encomienda y a la iglesia, herederos de la idea de Carlos I de un imperio organizado por reinos con relativa autonomía; en el otro extremo, los nuevos criollos, comerciantes ligados a una economía mercantil que no implicaba la supresión de las viejas relaciones de producción. Este era sólo un conflicto entre fracciones de una misma clase, pero no el principal dentro de la sociedad colonial. Aun cuando aristócratas y burgueses, terratenientes y comerciantes, pudieran enfrentarse ocasionalmente, se unían ante la emergencia de los sectores populares, y la contradicción primera volvía a surgir. Así, la alianza entre conservadores y liberales después de 1824 se explica porque eran fracciones de una misma clase, cuyo proyecto era la incorporación al mercado mundial, lo que implicaba la aceptación de las exigencias de racionalización administrativa del estado y la educación.

Notas

1. Cfr. Farre, J. "La ilustración en precursores y próceres de la independencia del virreinato de Nueva Granada", en *Homenaje a Noë! Salomón*, Barcelona, Universidad Autónoma de Barcelona, 1979, pp. 125-148.

2. Minguet, Ch. "Alejandro de Humboldt ante la ilustración y la independencia de América", en *Homenaje a Noë! Salomón*, ed. cit., p.75.

3. Cfr. Romero, J.L. y L.A. *Pensamiento político de la emancipación*, Caracas, Ayacucho, vol.I, 1977.

4. Cfr. López, F. "Ilustración e independencia hispano-americana", y Pérez, J., "Comuneros e ilustrados en la América dieciochesca", en *Homenaje a Noë! Salomón*, ed. cit., pp. 289-297 y 259-264.

5. Kossok, M. "Notas acerca de la recepción del pensamiento ilustrado en América Latina", en *Homenaje a Noë! Salomón*, ed. cit., p. 156.

6. Cfr. Roig, A.A. "Acotaciones para una simbólica americana", en *Prometeo*, Guadalajara, Año I, N° 2, 1985, pp. 7-18.

7. Cfr. Roig, A.A. "La ilustración y la primera independencia", en *Cuadernos Americanos*, México, N° 4, Jul.-Ago. 1985, pp. 71-81.

8. Esta situación, es decir la asunción por parte de los románticos de una perspectiva a partir de la cual se perciben a sí mismos como continuadores de la 'lucha de las luces contra el oscurantismo' explica la vigorosa presencia que algunas ideas ilustradas mantuvieron para el romanticismo latinoamericano. No se cumple así, en el caso latinoamericano, la actitud ahistórica que, según Cassirer, el romanticismo tuviera en Europa respecto de la Ilustración. Nuestros románticos desplazaron la ruptura, entendida como negación del pasado, hacia la América colonial, Cfr. Cassirer, E. *Filosofía de la Ilustración*, México, F.C.E., 1943.

Alejandra Ciriza
Estela Fernández
CRICYT-Me
Bajada del Cerro s/n
(5.500) Mendoza
Argentina.